

MODESTE MIGNON

A una extranjera

Hija de una tierra esclava, ángel por el amor, demonio por la fantasía, niña por la fe, anciana por la experiencia, hombre por el cerebro, mujer por el corazón, gigante por la esperanza, madre por el dolor y poeta por tus sueños; a ti, que eres además la Belleza, dedico esta obra, en la que tu amor y tu fantasía, tu fe, tu experiencia, tu dolor, tu esperanza y tus sueños son como las cadenas que sostienen una trama menos brillante que la poesía guardada en tu alma, y cuyas expresiones visibles se asemejan a los caracteres de una lengua perdida a cuyo estudio se dedican los sabios.

DE BALZAC

Hacia mediados del mes de octubre de 1829, el señor Simon Babyllas Latournelle, notario, subía de El Havre a Ingouville del brazo de su hijo y acompañado de su mujer, cerca de la cual marchaba, como un paje, el primer pasante de la notaría, un jorobadito llamado Jean Butscha. Cuando aquellos cuatro personajes, de los cuales dos al menos recorrían aquel camino todas las tardes, llegaron al recodo de la carretera donde ésta, al torcer, forma lo que los italianos llaman *corniches*,¹⁰² el notario examinó desde lo alto de un promontorio si podría escucharle alguien que estuviese delante o detrás de ellos, y con un tono de voz no muy alto, por exceso de precaución, le dijo a su hijo:

—Exupère, procura ejecutar con inteligencia la pequeña maniobra que voy a indicarte, y ello sin intentar encontrarle una explicación; pero, si la adivinas, te ordeno que

102. «Cornisas».

la arrojes en esa Estigia¹⁰³ que todo notario o todo hombre que se dedique a la magistratura debe poseer para los secretos de otro. Después de haber presentado tus respetos, obli-gaciones y homenajes a la señora y a la señorita Mignon, al señor y a la señora Dumay y al señor Gobenheim (si está en El Chalet), cuando se haya restablecido el silencio, el señor Dumay te llevará a un rincón, y tú mirarás con curiosidad (te lo permito) a la señorita Modeste durante todo el tiempo que aquél te esté hablando. Mi digno amigo te rogará que salgas y vayas a pasearte, para volver al cabo de una hora aproximadamente, alrededor de las nueve, en actitud presurosa; procura entonces imitar la respiración de un hombre fatigado, y luego le dirás al oído, muy bajo, y, sin embargo, de modo que la señorita Modeste pueda oírte: «¡El joven llega!».

Exupère debía salir al día siguiente para París, donde comenzaría su carrera de Derecho.

Esta próxima partida había decidido a Latournelle el proponerle a su amigo Dumay a su hijo como cómplice de la importante conspiración que la orden anterior puede hacer imaginar.

—¿Acaso se sospecha que la señorita Modeste pueda tener alguna intriga? —preguntó Butscha con voz tímida a su patrona.

—¡Chis, Butscha! —respondió la señora Latournelle cogiéndose de nuevo del brazo de su marido.

La señora Latournelle, hija del escribano del Tribunal de Primera Instancia, se cree lo bastante autorizada por su nacimiento para decirse oriunda de una *familia parlamenta-*

103. En la *Teogonía* de Hesíodo, la ninfa Éstige aparece identificada con uno de los ríos de los infiernos. En la mitología griega, cuando una persona moría, su alma era transportada hacia la orilla del río Éstige, también conocido como laguna Estigia. Caronte recogía el alma en su barca y atravesaba la laguna, que dividía el mundo de los vivos y el de los muertos.

ria. Esta pretensión indica ya por qué esta mujer, de rostro un tanto barroso, procura revestirse de la majestad del tribunal cuyos juicios son garabateados por su señor padre. La señora toma tabaco, anda tiesa como una estaca, aparenta modales de mujer distinguida y se asemeja en un todo a una momia a la que el galvanismo hubiera devuelto la vida por un instante. Procura dar tonos aristocráticos a su voz agria, pero no lo logra, ni tampoco ocultar su falta de instrucción.

Su utilidad social parece incontrovertible al ver los sombreros que lleva, adornados con flores, los rizos pegados a sus sienes y los vestidos que elige. ¿Dónde colocarían los comerciantes aquellos productos si no hubiese señoras Latournelle? Todas las ridiculeces de esta digna mujer, esencialmente caritativa y piadosa, hubieran pasado sin duda casi inadvertidas; pero la naturaleza, que se complace a veces en estas creaciones grotescas, la dotó de una estatura de tambor mayor, a fin de poner de relieve los inventos de aquel espíritu provinciano. Jamás ha salido de El Havre, cree en la infalibilidad de El Havre, lo compra todo en El Havre, se viste en El Havre, se dice *normanda hasta las uñas*, venera a su padre y adora a su marido. El joven Latournelle tuvo el atrevimiento de casarse con esta muchacha, llegada por cierto a la edad antimatrimonial de 33 años, y supo tener de ella un hijo. Como podría haber obtenido en cualquier otra parte los sesenta mil francos de dote dados por el escribano, se atribuyó su intrepidez poco común al deseo de evitar la invasión del Minotauro,¹⁰⁴ de la cual le hubiesen librado difícilmente sus cualidades personales si hubiera cometido la imprudencia de introducir el fuego en su casa trayendo a ella una mujer joven y bonita. El notario había reconocido sencillamente las grandes cualidades que

104. Monstruo cretense que tenía el cuerpo de hombre y cabeza de toro. Balzac usa la imagen mitológica por los cuernos del toro. La «invasión del Minotauro» equivale aquí a «infidelidad matrimonial».

adornaban a la señorita Agnès (se llamaba Agnès), y considerado cuán rápidamente se extingue para un marido la belleza de una mujer. En cuanto a aquel joven insignificante a quien el escribano impuso su nombre normando en la pila bautismal, la señora Latournelle está aún tan sorprendida de haber llegado a ser madre a los treinta y cinco años y siete meses que, si fuese necesario, encontraría de nuevo pechos y leche para su hijo, siendo ésta la única hipérbole que puede pintar su loco amor maternal.

—¡Qué hermoso es mi hijo!... —le decía sin ninguna segunda intención a su amiguita Modeste, señalándoselo cuando ambas iban a misa y su lindo Exupère marchaba delante de ellas.

—Se os parece mucho —respondía Modeste Mignon, como podía haber dicho «¡Qué tiempo más malo!».

La descripción de este personaje, muy secundario, parecerá necesaria cuando se diga que la señora Latournelle era desde hacía unos tres años la señora de compañía de la joven a la que el notario y su amigo Dumay querían tender uno de esos lazos llamados *ratoneras* en *Fisiología del matrimonio*.¹⁰⁵

Por lo que se refiere a Latournelle, figuraos a un hombrillo tan astuto como lo permite la probidad más pura y al que cualquier forastero tomaría por un bribón al ver la extraña fisonomía a la que El Havre ya se ha acostumbrado. Una vista débil obliga al digno notario a llevar antiparras verdes para preservar sus ojos, constantemente irritados. Cada ceja, formada por una pelusilla bastante rala, apenas sobrepasa en una línea la concha oscura del cristal, formando en cierto modo un segundo círculo. Si no habéis

105. *Fisiología del matrimonio* (1829) es, junto con *Pequeñas miserias de la vida conyugal* y *Patología de la vida social*, uno de los ensayos incluidos en *Estudios analíticos*, título de la tercera parte de *La comedia humana*.

observado ya en la expresión de algún transeúnte el efecto producido por estas dos circunferencias superpuestas y separadas por un vacío, os será imposible imaginar lo mucho que llama la atención un rostro semejante; sobre todo cuando, pálido y demacrado, termina en punta como el de Mefistófeles,¹⁰⁶ que los pintores han copiado del de los gatos. Por encima de estas atroces antiparras verdes se levanta un cráneo pelado, tanto más artificioso cuanto que la peluca dotada en apariencia de movimiento tiene la indiscreción de dejar salir cabellos blancos por todas partes y corta siempre la frente de un modo irregular. Al ver a este estimable normando, vestido de negro como un coleóptero, montado en sus dos piernas como sobre dos alfileres, y sabiendo que es el hombre más honrado del mundo, se busca, sin encontrarla, la razón de tamaños contrasentidos fisonómicos.

Jean Butscha, pobre hijo natural abandonado, a quien habían recogido el escribano Labrosse y su hija, y que llegó a ser primer escribano a fuerza de trabajo, se encuentra alojado y alimentado en casa de su patrón, que le da novecientos francos anuales de sueldo. Carece de toda apariencia de juventud, es casi enano, y hace de Modeste un ídolo: daría su vida por ella. Este pobre ser, cuyos ojos, que son dos agujeros diminutos, están oprimidos entre dos gruesos párpados, picado de viruela, agobiado por una cabellera crespa, embarazado por sus manos enormes, ha vivido siendo objeto de compasión desde la edad de 7 años: ¿no basta esto para explicároslo por completo? Silencioso, concentrado, de una conducta ejemplar y religioso, viajaba por la inmensa extensión del país llamado, en el mapa de la ternura, amor sin esperanza, y recorría las estepas áridas y sublimes del deseo. Modeste le había puesto al grotresco primer pasante el sobre-

106. Personaje del *Fausto* de Goethe.

nombre de *Enano Misterioso*. Este apodo hizo que Bustcha leyese la novela de Walter Scott¹⁰⁷ y que le dijera a Modeste:

—¿Queréis una rosa de vuestro Enano Misterioso para el día del peligro?

Modeste, con una de esas miradas terribles que las jóvenes saben dirigir a los hombres que no les gustan, hizo que el alma de su adorador regresara súbitamente a esconderse en la cabaña de lodo de donde no debiera haber salido. Butscha se llamaba a sí mismo el *Clerc Obscur*, el pasante oscuro, sin saber que este juego de palabras se remonta al origen de las banderolas,¹⁰⁸ pero, igual que su patrono, no había salido jamás de El Havre.

Acaso se hace necesario, en interés de quienes no conocen esta ciudad, decir unas palabras que expliquen dónde se dirigía la familia Latournelle, a la cual se hallaba evidentemente adscrito el primer pasante. Ingouville es a El Havre lo que Montmartre a París: una elevada colina a cuyo pie se extiende la ciudad, con la única diferencia de que el mar y el Sena rodean la ciudad y la colina, que El Havre se ve fatalmente circunscrito por estrechas fortificaciones, y que, finalmente, la embocadura del río, el puerto y las dársenas ofrecen un espectáculo completamente diferente al de las cincuenta mil casas de París. En la parte baja de Montmartre, un océano de pizarras muestran sus superficies azuladas e inmóviles, mientras que en Ingouville los tejados dan la sensación de ser móviles y de estar agitados por

107. Balzac califica de «inmortal» a Walter Scott (1771-1832), igual que a Cervantes. Aquí alude al relato de Scott *El enano misterioso*, también traducido como *El enano negro* (1816).

108. N. del T. *Clerc obscur* suena como *clair obscur*, «claroscuro». En cuanto al empleo de este juego de palabras en las banderolas, ha de tener relación con las figuras parlantes que estudia la heráldica y que usaban además los caballeros como divisa amorosa bajo la apariencia de un jeroglífico.

los vientos. La eminencia que, desde Ruán hasta el mar, se eleva a un lado del río, el cual deja entre ella y sus aguas un espacio más o menos estrecho, pero que encierra indudablemente tesoros pintorescos con sus ciudades, sus gargantas, sus valles y sus praderas, adquiere un inmenso valor en Ingouville desde 1816, época en la que comienza la prosperidad de El Havre. Aquel ayuntamiento se convirtió en el Auteuil, el Ville-d'Avray y el Montmorency de los comerciantes, que se construyeron casas de campo, escalonadas en su anfiteatro, para poder respirar en él el aire del mar, perfumado por las flores de sus jardines suntuosos. Estos atrevidos especuladores descansan allí de las fatigas de sus mostradores y de la atmósfera de sus casas, apiñadas unas contra otras, sin espacio, sin patio casi todas, como obligan a hacerlas el aumento de la población de El Havre, la línea inflexible de sus murallas y el crecimiento de las dársenas. En efecto, ¡qué tristeza hay en el corazón de El Havre y qué alegría en Ingouville! La ley de desarrollo social ha hecho brotar, como un hongo, el arrabal de Graville, hoy más considerable que El Havre mismo, y que se extiende en la parte baja de la colina como una serpiente.

En su cima, Ingouville no tiene más que una calle, y, como es natural, las casas que miran al Sena gozan de una ventaja inmensa sobre las del otro lado del camino, a las cuales privan de esta vista; por lo cual éstas se empinan, como verdaderos espectadores, sobre la punta de los pies, a fin de ver por encima de los tejados, resultando de todo ello que los edificios se hallan, como en todas partes, sometidos a servidumbres. Algunas casas, situadas en la cima, ocupan una posición superior, en la que gozan de un derecho de vista que obliga al vecino a limitar sus construcciones a una altura determinada. Por otra parte, la roca caprichosa está surcada por caminos que hacen practicable su anfiteatro, y, por esos claros, algunas propiedades pueden

distinguir la ciudad, el río o el mar. Sin estar cortada a pico, la colina acaba bastante bruscamente en escarpada ribera. Desde el extremo de la calle que serpentea en la cima se ven las gargantas donde están situados algunos pueblos, Sainte-Adresse, otros dos o tres San no sé qué y las caletas donde muge el océano. Esta parte casi desierta de Ingouville forma un contraste notable con las hermosas casas de campo que miran al valle del Sena. ¿Es que se teme que los vientos perjudiquen la vegetación? ¿Se asustan los negociantes ante los gastos que exigen aquellos terrenos en cuesta?... Sea lo que fuere, es cierto que el turista de los barcos de vapor se asombra al encontrar despoblada y llena de barrancos la costa oeste de Ingouville, como un pobre andrajoso al lado de un rico suntuosamente vestido y perfumado.

En 1829, una de las últimas casas del lado del mar, que se encuentra sin duda en el centro del Ingouville de hoy, se llamaba, y se llama quizá todavía, *El Chalet*. Fue en un principio una casa de portero con su jardincillo delante. El propietario de la casa de campo de la que aquélla dependía, casa con parque, jardines, pajarera, invernadero y praderas, tuvo el capricho de poner aquella casita en armonía con las suntuosidades de su morada y la hizo reconstruir sobre el modelo de un *cottage*.¹⁰⁹ Separó éste del cuadro del césped de su jardín, adornado de flores y de arriates, por una tapia baja, a lo largo de la cual plantó un seto para ocultarla. Detrás del *cottage*, llamado, a pesar de todos los esfuerzos de su dueño, *El Chalet*, se extienden la huerta y los jardines. Ese Chalet, sin vacas ni lechería, tiene como única cerca sobre el camino una empalizada cuya armazón ya no se ve oculta por un seto frondosísimo. Al otro lado del camino, la casa frontera, sometida a una servidumbre, tiene una empalizada y un seto semejantes que permiten ver El Havre desde

109. En francés, «chalet».

El Chalet; esta casita era la desesperación del señor Vilquin, propietario de la quinta. Ésta es la razón. El creador de esta morada, cuyos detalles dicen enérgicamente: «¡Aquí relucen millones!», había extendido de aquel modo su parque hacia el campo, únicamente para no tener que sufrir, decía, la vecindad de sus jardineros. Una vez terminado, El Chalet sólo podía ser habitado por un amigo. El señor Mignon, que era el propietario anterior, quería mucho a su cajero (y esta historia probará que el señor Dumay le correspondía bien) y le ofreció aquella vivienda. Amigo de las formalidades, Dumay hizo firmar a su patrón un contrato de arriendo por doce años a razón de trescientos francos anuales, y el señor Mignon lo firmó con gusto diciendo:

—Mi querido Dumay, ¿te das cuenta? Te comprometes a vivir doce años en mi casa.

Por causas que van a ser relatadas, las propiedades del señor Mignon, en otro tiempo el negociante más rico de El Havre, fueron vendidas a Vilquin, uno de sus antagonistas en el comercio de la plaza. En medio de la alegría de lograr la propiedad de la famosa quinta de Mignon, el comprador se olvidó de pedir la rescisión de dicho contrato. Dumay, con tal de no hacer fracasar la venta, hubiese firmado todo lo que Vilquin hubiese exigido; pero, una vez realizada ésta, se apegó a su arriendo como a una venganza. Allí se quedó, en el bolsillo de Vilquin, en el corazón de la familia Vilquin, observando a Vilquin, molestando a Vilquin y siendo, en suma, el tábano de los Vilquin. Todas las mañanas, al asomarse a su ventana, Vilquin experimentaba un estremecimiento de violenta contrariedad al distinguir aquella alhaja de construcción, aquel Chalet que había matado sesenta mil francos y que centellea como un rubí puesto al sol. ¡Comparación casi exacta!

El arquitecto construyó este *cottage* con ladrillos del color rojo más hermoso, rellenando sus juntas con argama-

sa blanca. Las ventanas están pintadas de color verde vivo, y las maderas en color oscuro tirando algo a amarillo. El tejado sobresale algunos pies. Una linda galería recortada domina el primer piso, y un mirador avanza su jaula de cristales en el centro de la fachada. El piso bajo se compone de un bonito salón y de un comedor, separados por la caja de una escalera de madera cuyo dibujo y adornos son de una elegante sencillez. La cocina está adosada al comedor, y el salón tiene un gabinete que servía entonces de alcoba a los señores Dumay. En el primer piso ha construido el arquitecto dos grandes habitaciones, provistas ambas de un cuarto tocador, y a las cuales sirve de salón el mirador; encima se encuentran, bajo el tejado, que se asemeja a dos naipes apoyados por sus cantos, dos dormitorios de criados, alumbrados cada uno por una claraboya, y abuhardillados, pero bastante espaciosos. Vilquin cometió la mezquindad de elevar una tapia del lado de los jardines y huertos. A partir de esta venganza, las contadas centiáreas que el contrato deja a El Chalet se asemejan a un jardín de París. Las dependencias, construidas y pintadas de manera que enlacen con El Chalet, están adosadas al muro de la propiedad vecina.

El interior de esta encantadora vivienda está en armonía con el exterior. El salón, entarimado con madera de teca, ofrece a las miradas las maravillas de una pintura que imita las lacas de China. Sobre fondos negros con marcos de oro brillan los pájaros multicolores, los follajes verdes inexistentes, dibujos fantásticos de los chinos. El comedor está completamente revestido de maderas del norte, recortadas y esculpidas como en las hermosas cabañas rusas. La pequeña antesala, formada por el descansillo y la caja de la escalera, está pintada imitando madera antigua y representando adornos góticos. Los dormitorios, tapizados en tela de Persia, llaman la atención por su costosa sencillez. El gabinete que ocupaban entonces el cajero y su mujer está cubierto de ma-

dera, incluso el techo, como el camarote de un barco. Estas locuras de armador explican la rabia de Vilquin. El pobre comprador quería instalar en el *cottage* a su yerno y a su hija. Este proyecto, conocido por Dumay, podrá más tarde explicaros su tenacidad bretona.

Se entra a El Chalet por una puertecilla de hierro en forma de reja, cuyos barrotes, terminados en punta de lanza, sobresalen algunas pulgadas por encima de la empalizada y del seto. El jardincillo, de una anchura igual a la del fastuoso cuadro del césped, estaba a la sazón lleno de flores, de rosas, de dalias y de las más hermosas y más raras producciones de la flora de los invernaderos, pues otro motivo del dolor vilquiniano es que el pequeño invernadero elegante, el invernadero caprichoso, el invernadero llamado *de la señora*, depende de El Chalet y separa a éste, o, si queréis, lo une a la quinta de Vilquin. Dumay se consolaba del estado de su caja con los cuidados del invernadero, cuyas exóticas producciones constituían uno de los placeres de Modeste. El billar de la quinta de Vilquin, especie de galería, se comunicaba antes con el invernadero mediante un inmenso palomar en forma de torrecilla; pero, después de la construcción de la tapia que le privó de la vista de las praderas, Dumay tapió la puerta de comunicación.

—¡Muro por muro! —dijo.

—Vos y Dumay murmuráis —le dijeron a Vilquin los negociantes para hacerle rabiar.

Y todos los días, en la bolsa, saludaban con un nuevo equívoco al envidioso especulador.

En 1827, Vilquin ofreció a Dumay seis mil francos de sueldo y diez mil francos de indemnización por rescindir el contrato, pero el cajero se negó, a pesar de que sólo tenía mil escudos en casa de Gobenheim, antiguo dependiente de su patrón. No os quepa duda de que Dumay es un bretón a quien el azar ha trasplantado a Normandía. ¡Juzgad cuán